

luis Oley
Carlos PEREYRA 152
Col Viaducto Piedad

ALFONSO REYES ✓

HOMENAJE NACIONAL
86o ANIVERSARIO

Bosque de Chapultepec

3a sección

Avenida Constituyentes

18 de mayo de 1975

10 horas

Ciudad de México

EL COLEGIO NACIONAL
EL COLEGIO DE MEXICO
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO
UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE NUEVO LEON
SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
DEPARTAMENTO
DEL DISTRITO FEDERAL

invitan

Honores

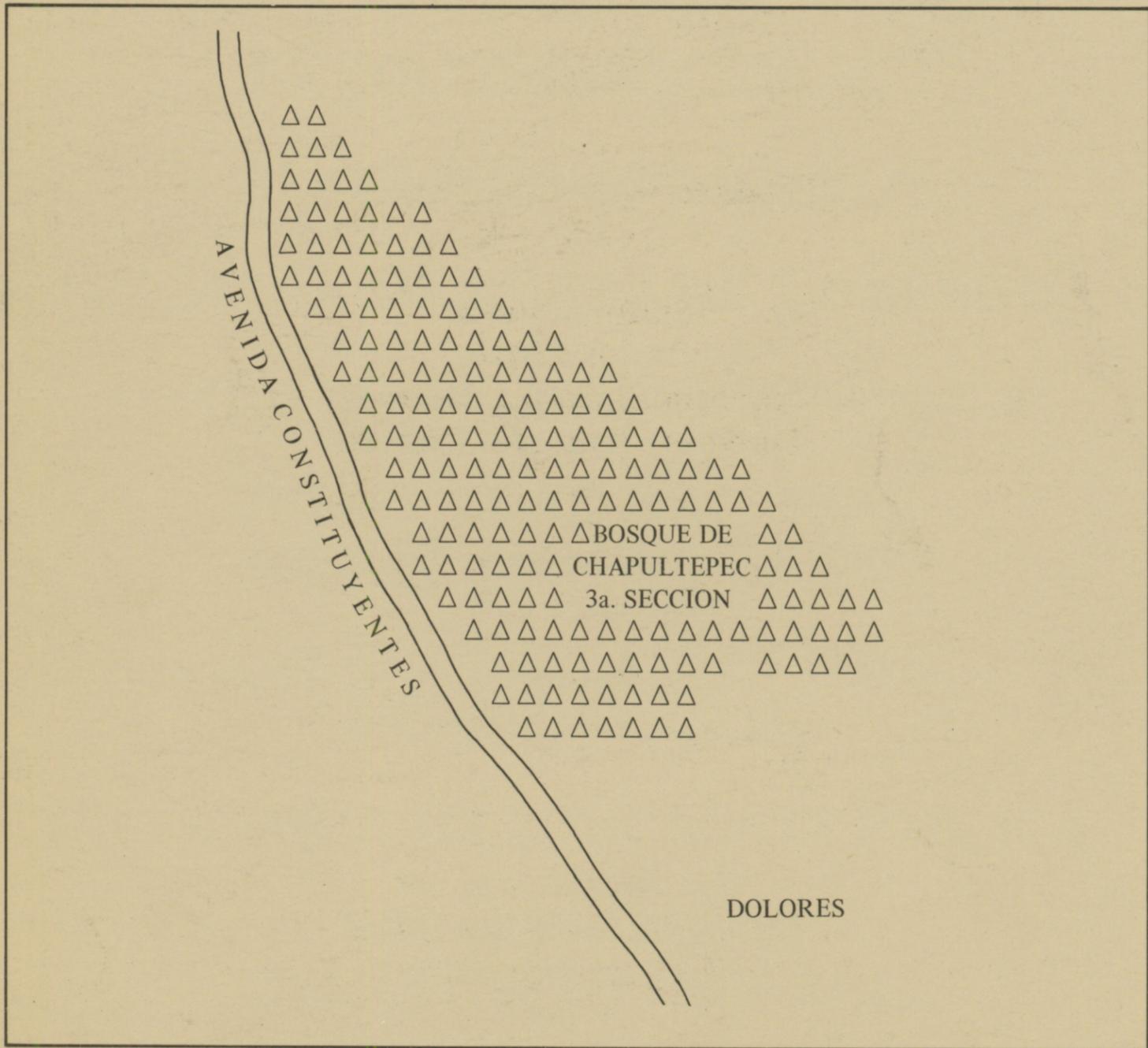
Palabras: José Luis Martínez

Sinfonía India:
Carlos Chávez
Orquesta Sinfónica Nacional
Director: Antonio Torneró

La voz de Alfonso Reyes

Honores

*Con la asistencia del
Presidente de la República,
Luis Echeverría Álvarez
y del
Presidente de la República de Senegal,
Léopold Sédar Senghor*







Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: "En busca del alma nacional." La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraré extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del *hombre mexicano* en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso: todo hecho esconde una secreta elocuencia, y hay que apretarlo con pasión para que suelte su jugo jeroglífico. ¡En busca del alma nacional! Esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política. Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: *tihuic, tihuic*, por encima de nuestro caos de rencores. ¡Quién lograra sorprender la voz solidaria, el oráculo informulado que viene rodando de siglo en siglo, en cuyas misteriosas conjugaciones de sonidos y de conceptos todos encontrásemos el remedio a nuestras disidencias, la respuesta a nuestras preguntas, la clave de la concordia nacional.



Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de consolarme o devolverme el equilibrio, que el embite de las impresiones exteriores amenaza todos los días. Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta. Ya sé que hay grandes artistas que escriben con el puñal o mojan la pluma en veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza.



ROMANCE VIEJO ■ Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios. Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron. . .

Después, pasé el mar, a costas con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el Sur, he venido a dar aquí, entre vosotros.

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo —a rastras con la mujer, el hijo, los libros— ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.

A veces, hecho de nada,
sube un efluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira de aroma el cedro.

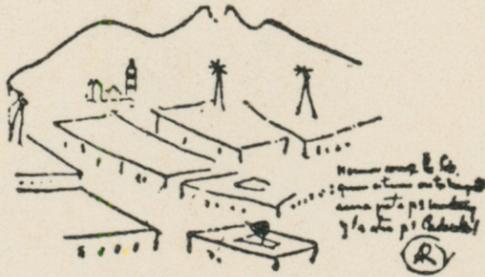
Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.

¡Mísera cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
me bája, de tu recuerdo!

Han bajado los indios tarahumaras,
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas.





La cultura es una función unificadora. Los fenómenos se estudian y se describen por partes, pero existen en manera de continuidad. Lo aislado no se da ni en el espíritu ni en la naturaleza. El aislar un objeto de acción o de conocimiento no es más que una operación transitoria y provisional. Y he dicho bien una operación porque tiene algo de treta operatoria, de ligadura de una vena para evitar una sangría, mientras se procede a una intervención. La inteligencia, en su proceso físico sobre nuestra habitación terrestre, unifica nivelando y comunicando entre sí las partes de la tierra. La inteligencia, en su proceso político sobre el ser de nuestras sociedades, unifica creando el entendimiento internacional. Cuando la inteligencia trabaja como agente unificador sobre su propia sustancia, produce la cultura. Los conocimientos, las ciencias y las artes, se cambian constantes avisos entre sí, viven de la intercomunicación.



En vano ensayaríamos una voz que les recuerde algo a los hombres, alma mía que no tuviste a quien heredar;
 en vano buscamos, necios, en ondas del mismo Leteo,
 reflejos que nos pinten las estrellas que nunca vimos.
 Como el perro callejero, en quien unas a otras se borran
 las marcas de los atavismos,
 o como el canalla civilizado
 —heredera de todos, alma mía, mestiza irredente, no
 tuviste a quien heredar.

Y el hombre sólo quiere oír lo que sus abuelos contaban;
 y los narradores de historias
 buscan el Arte Poética en los labios de la nodriza.







Que los niños repitan todas las mañanas, al verse al espejo para peinarse y a modo de oración matinal:

—Pero, ¡qué idiota eres muchacho!

Precaución contra la vanidad y el engreimiento, ejercicio para no tomar muy por lo trágico nuestros inevitables errores, disciplina para mantener alerta el humorismo, única actitud respetable ante la vida.

Cancioncita sorda, triste,
desafinada canción;
canción trinada en sordina
y a hurtos de la labor,
a espaldas de la señora,
a paciencia del señor;
cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción
de esclava niña que siente
que el recuerdo le es traidor;
canción de limar cadenas
debajo de su rumor;
canción de los desahogos
ahogados en temor;
canción de esclava que sabe
a fruto de prohibición:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.



El proceso unificador de la inteligencia tiene un cuerpo y tiene un alma. El cuerpo se llama la geografía humana. No en el sentido descriptivo de razas y costumbres, que por lo pronto no nos hace adelantar un palmo, sino en el sentido de la acción física del hombre sobre su planeta. ¿Y el alma? El alma es aquel soplo de coherencia y concordia que aletea sobre los pueblos. Ideal tan impaciente y activo, que cien veces se destroza a sí mismo en las batallas de la historia, las cuales algún día serán consideradas, al impulso de una orientación más noble, como accesos de celeridad en la exploración misma hacia la unificación anhelada.



MATRICULA 89 ■ Cosas y personas de una edad, contemporáneas ni en saber ni en gobierno, algunas conozco.

El poncho que todavía tiendo de sobrecama vino a casa cuando yo nací, y ha sido objeto mío desde entonces. Acompaña mis fortunas y viajes. Tan raído se va quedando. Tan calvo está como yo mismo —y de igual humor. Suele servirme contra el frío de las excursiones en auto. Me hace de cama rústica o de mantel improvisado en el campo. Tiene un color de tigre, dorado y enrojecido a fuego. Lo veo como parte de mi epidermis, cónyuge de mis costumbres. Ni lo quiero ni lo aborrezco: no lo siento ya. Se prepara a morir conmigo, y así acelera solícitamente su ruina; porque los hombres nos quemamos más de prisa que nuestras mantas. En él he escondido intentos y pecados. Por él se dijo: “Debajo de mi manto, al Rey mato”. El es mi capa de que hago, cuando quiero, un sayo. El es mi capa que todo lo tapa. El es todo lo que dicen de él los refranes. Y hasta se llama “Poncho”, como yo mismo en el diminutivo de mi tierra natal.



Una ciudad escondida
debajo de mi almohada,
en las pausas de la noche
labra y bulle, sufre y canta.

Si se escurren por los muros
las cien voces de la casa
no lo sé;
si, en los engaños del eco,
llegan, de lejos, palabras,
no lo sé.

Pero pienso que germinan
en canteras subterráneas
unas surgentes ocultas,
como unos ríos de almas.

La cultura es una función unificadora. La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa. La función unificadora tiene un cuerpo y un alma. En el orden individual o moral, todos lo entienden. En el social o político, el cuerpo es la geografía (necesidad) y el alma es la concordia (libertad). La voluntad de concordia, de coherencia, de intercambio, procura, en todos los pueblos y a través de todas las tierras, nivelar y anular las desigualdades geográficas, para que la circulación humana sea más plena y regular en la tierra. Se trata de hacer de la tierra natural —accidente de la geografía— una tierra humana, fruto de nuestra iniciativa hacia el bienestar y el mutuo entendimiento.

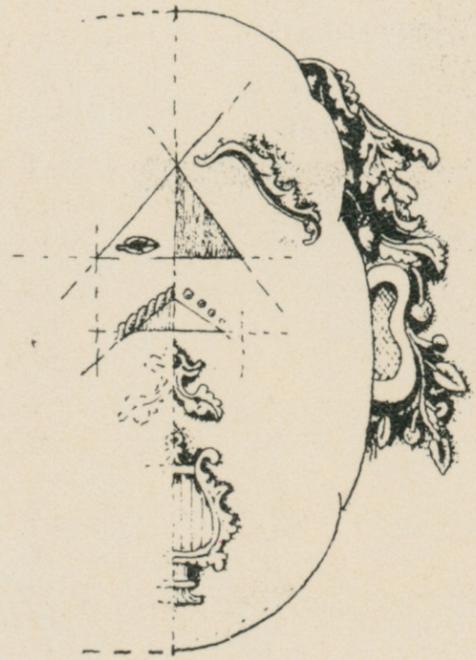


A veces me he echado a soñar con ese México, no digamos ya feliz porque eso sería mucho y aun imposible: siquiera suficiente. Hasta hoy todos vivimos aquí un poco a trompicones, y menos mal los que de veras podemos llamarnos privilegiados. Pero nosotros mismos traemos cara de mala conciencia. Sabemos que hay cadáver en la bodega. Cuando pensamos en el país, vagamente nuestra subconsciencia nos representa inmensos reductos de poblaciones que arrastran una existencia infrahumana. ¿Qué será este pueblo, una vez que todos sus hombres hayan tenido acceso al hombre? Entonces y sólo entonces sabremos lo que da de sí nuestro pueblo.

Alfabeto, sí. Pan del alma. Ha dicho muy bien el presidente, en una manifestación que, más que un decreto, parece un grito humano. Pero, al lado, y antes, pan del cuerpo; algo de bienestar, algo de alegría en el vivir físico. Lo uno va con lo otro, y como el bienestar no llueve del cielo, hay que solicitarlo desde el suelo mediante un juego de técnicas cuya base es el abecedario. "Alfabeto y jabón", decía hace años José Vasconcelos, pensando en la necesidad de reconstruir biológica y culturalmente nuestra sustancia humana. Alfabeto, pan y jabón, hay que decir. Y todo lo demás se os dará por añadidura.



Cuando, en las tardes, dejáis andar la rueca, y cantáis solas, a fuerza de costumbre, unas tonadas en que yo sorprendo como el sabor de algún recuerdo hueco; canciones hechas en el hilo lento, canciones confidentes y cómplices que, siempre con iguales palabras, esconden cada vez hurtos distintos y mordiscos secretos en la pulpa de la vida; que, mientras manan sin esfuerzo de la boca, dan libertad para otros pensamientos—



¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún otro día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos, Aquí yace —digan en mi tumba— un hijo menor de la Palabra.

